De camisa azul a presidente

Suárez llegó al poder por deseo del Rey en una operación política articulada por Fernández Miranda

RAMÓN GORRIARÁN

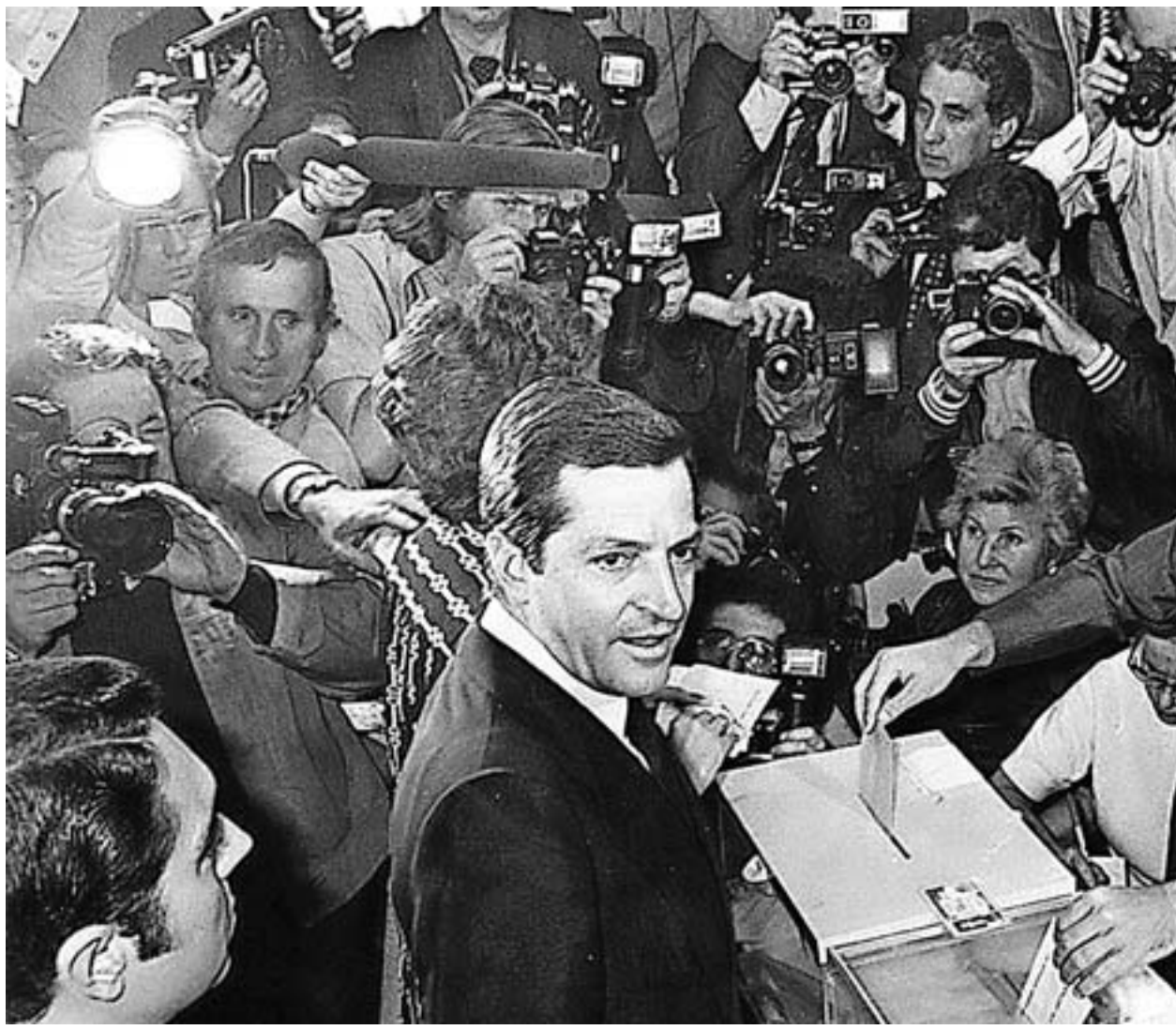
Su elección por parte de don Juan Carlos fue una sorpresa mayúscula porque era un político casi desconocido, de bajo perfil y pasado franquista

MADRID. Su elección fue una sorpresa colosal para todos. Pero no para el Rey, para Torcuato Fernández Miranda, presidente de las Cortes y del Consejo de Reino, y pocos más. El Monarca designó presidente del Gobierno a Adolfo Suárez con la misión de desmontar los robustos vestigios del franquismo y abrir la puerta a la democracia, en síntesis, hacer la Transición. Parecía demasiada tarea para aquel desconocido político de segunda línea y pasado franquista.

Su llegada solo satisfizo a lo más carca del régimen, conocido por entonces como el búnker. Una viñeta de Forges sintetizó su regocijo por el nombramiento a través del diálogo entre dos franquistas encerrados en su refugio: «Se llama Adolfo. ¿No es maravilloso?». Los sectores reformistas del franquismo y, por supuesto, la oposición democrática se llevaron las manos a la cabeza con la elección del falangista ministro secretario general del Movimiento, exgobernador civil de Segovia y exdirector general de Radiotelevisión Española. El franquismo irredento se alegró porque pensó que sería un presidente manejable; los reformistas del régimen, los que suscribieron el '¡Qué error, qué inmenso error!'» de Ricardo de la Cierva, negaron el pan y la sal al nuevo gobernante porque, entre otras razones, su nombramiento supuso la defenestración de los suyos, a la sazón Manuel Fraga y José María de Areilza; y la oposición democrática, el PSOE y los nacionalistas ya que los comunistas seguían en la ilegalidad, rechazaron la elección del Rey porque veían en Suárez al camisa azul depositario de las esencias del régimen maquillado con aires de modernidad.

Don Juan Carlos destituyó a Carlos Arias Navarro el 1 de julio de 1976, harto de su timidez reformista y su anclaje franquista. Para entonces ya había encargado a su antiguo profesor Fernández Miranda que moviera los hilos para que el Consejo del Reino, el órgano franquista que asesoraba al jefe del Estado, incluyera a Suárez en la terna de la que debería escoger al presidente del Gobierno. No era un reto menor. En aquel reducto de franquistas lo lógico sería que el ministro secretario general del Movimiento fuera un líder con ascendiente, pero por paradójico que parezca apenas tenía amistades.

Miguel Primo de Rivera, sobrino del fundador de Falange, era uno de los pocos afines. Pero Fernández Miranda era hombre de recursos. Todos, políticos y medios de comunicación, daban por hecho que la pugna estaría entre Fraga y Areilza, con mejores cartas el segundo. El Rey, sin embargo, no quería a uno ni a otro. Quería alguien dispuesto a seguir su hoja de ruta hacia la democracia y ninguno de los dos se caracterizaba por la docilidad, tenían su propio proyecto político.



Para Suárez no fue una sorpresa que el Rey le nombrara presidente del Gobierno

El Consejo, tras casi siete horas de deliberaciones y varias votaciones, elaboró una terna, en la que el democristiano Federico Silva Muñoz, que obtuvo 15 votos para entrar en el trío, el tecnócrata del Opus Dei Gregorio López Bravo sumó 14 apoyos, y Suárez se quedó con 12. Tras el debate, Fernández Miranda

LOS HOMBRES DEL PRESIDENTE

Torcuato Fernández Miranda
Presidente de las Cortes y del Consejo del Reino

El Pigmalión del abogado de Cebreros

Para muchos, el arquitecto de la Transición. Tras la muerte de Franco, Fernández Miranda fue el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, dos puestos estratégicos para asentar la democracia sobre los restos de la dictadura. Acogió bajo su manto protector a un bisoño Suárez y fue el muñidor de que entrara en la terna de la que el Rey eligió el presidente del Gobierno. Redactó el texto inicial de la Ley de Reforma Política que dinamitó las leyes del Movimiento. Tras la aprobación de esta norma fundamental para entender la Transición, dejó sus cargos políticos y se distanció de Suárez.

Fernández Miranda. :: R. C.

Cardenal Enrique y Tarancón
Presidente de la Conferencia Episcopal Española

El apoyo desde la Iglesia Católica

Tejió una firme complicidad desde su puesto de presidente de la Conferencia Episcopal y fue objetivo permanente de los sectores más ultramontanos del franquismo. «Tarancón al paredón» era uno de los lemas más habituales en las concentraciones ultraderechistas. La relación entre ambos se quebró en 1980 a raíz de la aprobación de la ley del divorcio. El presidente había pactado con el cardenal un texto bastante conservador, pero cuando la norma pasó a ser negociada en las Cortes por el socialdemócrata Francisco Fernández Ordóñez adquirió un tono progresista que provocó la ruptura.

Cardenal Tarancón. :: R .C.

Fernando Abril Martorell
Vicepresidente

La mano derecha en el Gobierno

Fue el negociador incansable del presidente del Gobierno y receptor de sus cuitas políticas en las cíclicas crisis de la Unión de Centro Democrático. Fue dos veces ministro y vicepresidente del Ejecutivo entre 1976 y 1979. Pactó con el socialista Alfonso Guerra los aspectos del articulado de la Constitución que se atascaban en la ponencia del Congreso y ambos encararon juntos otras reformas legislativas de calado. Pero también se distanció de Suárez a partir de 1980 por los distintos enfoques sobre las crisis del partido y la estrategia gubernamental. Tras no renovar su escaño por Valencia en 1982, dejó la política.